

CRISIS DEL ESTADO AUTORITARIO SISTEMA DE PARTIDOS EN ESPAÑA

Jordi Borja
(*Universitat Autònoma de Barcelona*)

La crisis del sistema autoritario debe dar lugar a un *sistema de partidos* para sentar bases estables de un Estado democrático de una sociedad pluralista y relativamente avanzada. En España no ha funcionado nunca un sistema eficaz de partidos, puesto que la Restauración Monárquica (1875-1931) montó un sistema ficticio que no representaba a la sociedad real, y la República (1931-1936) desembocó en la guerra civil, después de sucesivos intentos insurreccionales contrarrevolucionarios y revolucionarios (1932, 1934). Durante el franquismo las fuerzas sociales conservadoras han hecho política por otros medios (aparatos de la Administración, grupos de presión, medios de comunicación de masas). En cambio, las fuerzas sociales de cambio (movimiento obrero, movimientos nacionales) han desarrollado una acción colectiva que ha sentado las bases para la construcción de partidos, sindicatos, organizaciones populares. La crisis del Estado autoritario requiere la constitución de instituciones democráticas tanto para proporcionar a la Monarquía y al Gobierno el consenso indispensable para tener autoridad, como para asegurar la representación de la sociedad y hacer posible la negociación de los conflictos sociales y los compromisos entre las diferentes opciones políticas e ideológicas. El Estado democrático moderno es necesariamente un Estado de partidos. En Cataluña, tanto por su estructura social, como por el hecho nacional propio, es mucho más fácil la consolidación de estas instituciones sobre la base de un sistema de partidos eficaz.

Introducción

El establecimiento de un Estado democrático en España requiere, según un sentimiento muy general, el funcionamiento de un sistema de partidos políticos. Ya es muy significativo el que los sectores más partidarios del mantenimiento del Estado dictatorial hagan de la no admisión de los partidos políticos uno de sus principales caballos de batalla. Porque cuando hablamos de partidos hay que entender no todo tipo de asociación que se ocupa de cuestiones políticas, sino del sistema que asegura la representación de toda la sociedad pluralista en las instituciones del Estado a través del sufragio universal.

El desarrollo socio-económico por una parte y la consecución del sufragio universal y de las libertades políticas por la otra han forjado en Europa Occidental un Estado diferente del viejo modelo liberal-representativo. El mito de un Estado representante de los intereses generales de los ciudadanos-individuos sin otra mediación que el voto censitario («sólo los poseedores tienen interés en la marcha del Estado») y sin otro control que la separación de poderes se fue viniendo abajo a medida que los desposeídos fueron reclamando sus derechos políticos y sociales. El Estado democrático social articulado por un sistema de partidos es el resultado de la irrupción de las masas populares en la vida política y en especial del papel jugado por los partidos socialistas de la segunda mitad del siglo XIX.¹ El Estado democrático es hoy en nuestras sociedades desarrolladas

1. Los partidos socialistas han sido no solamente los primeros partidos modernos, sino también el estímulo que obligó a las clases conservadoras a organizarse también en partidos y a crear plataformas de masas. La derecha se ocupa más del Estado y así los viejos partidos liberales eran reducidos grupos de notables que desde el Parlamento se ocupaban de la gestión de asuntos públicos y particulares y de la modernización del Estado. El desarrollo de los partidos socialistas obligó a la derecha a buscar también medios para recabar un consenso de masas. La Iglesia y la ideología

y pluralistas un Estado de partidos y éstos son el principal medio de configuración de la voluntad popular. «Los ciudadanos tienen derecho a asociarse libremente en partidos para concurrir con método democrático a determinar la política nacional» (artículo 49 de la Constitución italiana, de 1947).²

Los partidos del Estado social y democrático moderno son una realidad muy distinta de los antiguos partidos de notables.³ En los casos en los que la evolución del Estado ha sido gradual, como en Inglaterra, los partidos también han evolucionado internamente (partido conservador) o han sido progresivamente sustituidos (liberales por laboristas, y en Francia republicanos y radicales por socialistas y luego comunistas). En otros casos, cuando se da ruptura y se pasa de un tipo de Estado a otro, como

católica y el nacionalismo fueron probablemente los medios más importantes para forjar partidos de masas para oponerlos a las fuerzas socialistas y también para modernizar el Estado y la economía contra los sectores más retrógrados o para romper el Estado liberal cuando no aseguraba la estabilidad social (fascismo).

2. Se ha dicho que el Estado de partidos significa la transformación del Estado liberal y monoclasista en un Estado social y pluralista. El Estado liberal corresponde a una sociedad desagregada, atomizada en una democracia formal, basada en la razón abstracta del ciudadano-individuo, y en la que en la práctica el sujeto políticamente activo es el propietario. El Estado social corresponde a una sociedad más agregada por los distintos movimientos sociales, en la que los ciudadanos son considerados como sujetos de derechos políticos y sociales a la vez («España es una república de trabajadores...», Constitución de 1931) y en la que el poder se basa en el consenso organizado a través de los partidos para constituir una «democracia gobernante». Ahora bien, esto no significa que el Estado se convierta en pluriclasista. La distribución desigual del poder económico-social crea una desigualdad de acceso a los instrumentos políticos y culturales, posibilita la manipulación de la opinión, etc. Gran parte de los aparatos del Estado no están controlados por las instituciones representativas y están en cambio estrechamente vinculados a los sectores dominantes (Cuerpos de Alta Administración, Magistratura, Fuerzas Armadas, entes económicos, etc.). El Estado no es pluralista, pero sí que la lucha de clases y la batalla por la hegemonía también pasa por el interior de sus instituciones, incluso las no democráticas, como veremos más adelante.

3. Los partidos del Estado moderno son a la vez la expresión de un conjunto de sectores sociales frente al Estado (al mismo tiempo que encauza sus demandas) y el instrumento del Estado para realizar sus actividades (al mismo tiempo que ejercen el control sobre la burocracia estatal). Estos partidos, representativos y eficientes, de base social más o menos heterogénea y tareas múltiples, no son ni pueden ser los viejos partidos de notables o de opinión, de aparato mínimo y relaciones laxas con adeptos y electores, sino el *partido de masas*, con una organización estable y capilar en gran parte de la sociedad, con un programa homogéneo y un proyecto social global, y con un funcionamiento constante combinando la estructuración democrática con el aparato profesionalizado.

en los países que conocieron el fascismo, el sistema de partidos se renueva totalmente, ni es la continuación de lo anterior, ni la recuperación del pasado prefascista. Italia es un ejemplo significativo: los partidos que sobreviven de etapas anteriores son muy minoritarios, mientras que los partidos importantes son nuevos (DC, PCI, PSI) y se forjan ya como partidos de masas para construir un Estado democrático nuevo.⁴

En el Estado español se da una profunda crisis de las instituciones autoritarias. Pero frente a esta crisis no hay un sistema de partidos ya dispuesto para tomar el relevo. Existen partidos, desarrollado alguno, embrionarios otros, en proyecto los más. Pero el sistema de partidos se constituye después del cambio político y es el resultado tanto del proceso que ha llevado al cambio como de la relación de fuerzas creada inmediatamente después.⁵ En España lo que existe sobre todo son movimientos sociales, verdaderos poderes sociales que a lo largo de los últimos 15 años se han levantado contra unas instituciones tan cerradas a sus demandas como al diálogo, tan incapaces de suprimir los movimientos sociales como de transformarse. Estas fuerzas sociales en marcha, los trabajadores y los intelectuales, las ciudades y los barrios, los movimientos autonomistas, los profesionales, etc., han sido el factor principal de la crisis que ha roído

4. El PCI en 1945 se autodefinió como un *Partito novo*, como resultante de la vieja organización clandestina y exiliada, del partido de masas forjado en el último período de la resistencia y de la multiplicación de militantes y nuevo carácter del partido en el marco de una Constitución progresiva. El Partido Socialista Italiano y la Democracia Cristiana son también dos organizaciones nuevas que poco tienen que ver con el PS de los años 20 o con el pequeño Partido Católico que se organizó durante el fascismo.

5. Véase el caso de Italia en 1945. La crisis del Estado fascista es rápida, de 1943 a 1945. En este período se da un importante movimiento popular (la resistencia) al mismo tiempo que la intervención militar aliada. La izquierda llega potente a la democracia, sobre la ola de la resistencia antifascista, en el Norte y el Centro del país, pero de Roma al Sur, son las fuerzas aliadas las que cambian los vértices y conservan las estructuras. El pacto tripartito (DC-PCI-PSI), orientado a la izquierda, y la hegemonía americana a través del partido mayoritario (DC) expresan esta situación contradictoria que se resolverá en 1947 con la ruptura del pacto y el régimen de «bipartidismo imperfecto» (DC, partido de Gobierno permanente; PCI, partido de oposición, sin alternancia o acuerdo posibles). La brevedad del período de crisis del Estado fascista, su cambio por arriba mediante la intervención militar exterior y el triunfo posterior de un bloque centrista-conservador hizo posible que se mantuvieran muchas instituciones y modos políticos del Estado anterior (Amendola ha hablado «de la continuidad del Estado después de la liberación»), al mismo tiempo que el papel jugado por la izquierda le permitía obtener compromisos ventajosos (la Constitución del 47) y posiciones de fuerza en la oposición (base electoral, sindicatos, posiciones locales).

por dentro el carácter dictatorial de las instituciones del Estado franquista y de los aparatos públicos (desde la Enseñanza y la Prensa hasta la Magistratura y la Alta Administración, la Administración Local, los Sindicatos, etcétera). Ahora bien, el enfrentamiento movimientos sociales - instituciones en crisis agudiza la crisis pero no le da salida. El peligro de una crisis permanente es el caos social y a medio término una nueva solución autoritaria.

La salida la pueden dar los partidos si cumplen dos condiciones: Primera: representar las fuerzas sociales actuantes y también a una parte al menos de las fuerzas presentes en las instituciones del Estado (como garantía de orden económico y público). Segunda: pactar las formas del proceso de cambio y el contenido de la alternativa política. La salida, pues, de la actual situación puede desencadenar un Estado democrático de partidos si éstos precisamente saben cumplir su papel y aseguran la ruptura pactada. Pero no es la única salida. Una actitud expectante de los partidos políticos llevaría a los movimientos sociales a prácticas corporativas y sectoriales y/o a explosiones violentas y dejaría la iniciativa a las fuerzas que hoy están al frente del Estado. No para realizar una reforma democrática que instaure un sistema de partidos, sino para forjar una «dictadura institucional» que alternaría momentos o aspectos de tolerancia o de integración sectorial con fases de involución violenta como respuesta a los movimientos sociales.

El cambio político consiste en repartir el poder de otra forma. Hoy está concentrado en unos sectores muy reducidos, que no son responsables ante el cuerpo social ni disponen de una actividad legítima ante gran parte de las fuerzas sociales activas. Los partidos políticos son los responsables de sintetizar y ordenar las presiones sociales, dirigir el proceso de cambio (ruptura) y establecer un nuevo reparto del poder, que se hará entre los partidos políticos en la medida en que éstos expresen las fuerzas sociales y morales actuantes en la sociedad.

En un período como éste la responsabilidad de los partidos políticos es, pues, extraordinaria. Se encuentra frente a unos aparatos de Estado en crisis y además atrasados e ineficientes. Son la herencia de viejas instituciones y cuerpos de la Restauración y de los que luego creó el Estado franquista, aparatos autoritarios y dispares, degenerados por la falta de participación y control democráticos y también por no estar integrados en un proyecto social y político de futuro que les dé un sentido superior al de la simple supervivencia. Las instituciones democráticas no existen y los movimientos sociales tienen una experiencia de reivindicación, protesta, enfrentamientos, pero mucho menos de negociación y de gestión

social. Los mismos partidos están en su mayoría en embrión y aún no han podido desarrollar su función de mediadores entre los movimientos y las instituciones. Pero en ellos reside la solución de los dos grandes problemas políticos que debe resolver nuestra sociedad: el cambio político y la construcción de un Estado democrático. La ruptura política y la organización de la democracia exige algo más que la movilización social y la instauración de instituciones representativas. Esto es indispensable, pero para que la movilización sea eficaz y el Estado democrático realice sus virtualidades son necesarios unos partidos articulados con la población a todos los niveles y capaces por ello de forjar un nuevo Estado abierto a la participación del conjunto del pueblo.

Con las notas que siguen pretendemos analizar hasta qué punto es esto posible en nuestro país y apuntar luego algunos elementos sobre cómo deben ser los partidos para un Estado democrático y progresivo.

El proceso de constitución de los partidos políticos en España

El período republicano de 1931-1936 puede caracterizarse como el que corresponde a un Estado de partidos que no funciona. La derecha española, tanto las clases conservadoras como los aparatos políticos, militares, ideológicos, no estaban dispuestos a aceptar el mínimo cambio ni a aceptar ninguna negociación, ni por lo que respecta a las cuestiones sociales ni sobre la autonomía de las nacionalidades. Pero, además, en la izquierda también fallaban los mecanismos de articulación, movimientos sociales-partidos-instituciones, con lo que fuertes presiones sociales no tenían salida política posible (movimiento obrero anarcosindicalista, insurrección de 1934, ideología del asalto al poder de la izquierda socialista y comunista). La derecha y la izquierda no supieron «educarse» mutuamente, el sistema de partidos fracasó y los contendientes empezaron el exterminio mutuo. Las elecciones y los partidos no podían propiciar mayores salidas y los gobiernos no disponían del consenso amplio que se requiere para gobernar en un Estado democrático. Cada bloque social y político piensa que el otro busca su rápido aniquilamiento (la izquierda en el 34, la derecha en el 36). La cuestión no puede resolverse a través de la lucha política e ideológica, sino del enfrentamiento total.⁶

6. Catalunya fue un caso relativamente distinto. No solamente la izquierda ganó todas las elecciones, sino que el enfrentamiento socio-político fue mucho menos agudo. La insurrección del 6 de octubre de 1934 fue contra el Gobierno de Madrid, del que

El sistema de partidos de la República fracasó y es por lo tanto irremediable. Después de 40 años no es pensable reconstruir las formas anteriores. ¿Cuáles son los partidos políticos hoy?

Las fuerzas sociales que vencieron en 1939 o que se acomodaron aceptablemente en el nuevo Estado no han hecho política a lo largo de estos años a través de partidos políticos. Incluso podría decirse que han hecho poca política si por esto se entiende, por parte de una clase social, a) cohesionarse y disponer de instrumentos para hacer aparecer sus intereses y voluntad comunes; b) establecer unos mecanismos de relación complejos y articulados entre la clase social y el Estado; c) disponer de un conjunto de medios para obtener apoyos sociales externos que den mayor fuerza y legitimidad a sus objetivos. Para esto sirven los partidos políticos. Las clases dominantes han actuado políticamente con otros instrumentos, menos complejos que los partidos políticos. Los principales han sido:

a) *Los instrumentos políticos* que estuvieron en primer plano durante la guerra civil se mantuvieron después debido a la configuración del Estado como dictadura militar, burocrática y clerical. Se ha dicho que las *Fuerzas Armadas* y la *Iglesia* han sido los dos principales «partidos» del sistema utilizando el término en sentido muy extensivo. El «*Movimiento*», más que un partido único ha sido un medio de organización política de la burocracia del Estado, pero con escasa capacidad de encuadramiento de masas. Los cuerpos de la *Alta Administración* han sido también un medio de relación clases dominantes-aparato de Estado. En general, podemos decir de estos medios que cumplen mal las dos primeras funciones atribuidas a los partidos (cohesión de la clase y relación con el Estado), y han sido, excepto la Iglesia en los primeros años del franquismo, totalmente ineficaces respecto a la tercera (obtención de consensus social), lo que sustituyen con la fuerza y el miedo.

b) *La Administración Local*, los Ayuntamientos, han sido instrumentos políticos-clave para las burguesías locales, con finalidades restringidas en general a utilizar los aparatos del Estado con fines económicos.

c) *Los grupos de presión*, mezcla de grupo político, económico e ideológico, y que es un medio de relación entre grupos de intereses y aparatos del Estado, representan la reducción patológica de los partidos, entidades políticamente degeneradas que ponen las instituciones y los recursos

se temía que quisiera liquidar la autonomía catalana. Los meses que precedieron a la guerra civil en Catalunya se vivía en un marco de orden y tranquilidad muy distinto de lo que ocurría fuera.

públicos al servicio de intereses particulares. Las distintas fracciones de la Falange, el Opus, los Propagandistas Católicos, el Carlismo colaboracionista o Tradicionalista, han sido tristes ejemplos.

d) *Las Entidades Económicas* (Consejos de Empresarios, Cámaras de Comercio e Industria, etc.) han sido otro medio de relación clases dominantes-Estado, de eficacia limitada, tanto por la relativa representatividad de estos organismos como por tratar solamente cuestiones económicas casi siempre inmediatas y concretas. Las formas de relación entre Estado-burguesía han sido en general muy personalizadas y los medios muy diversos: *Consejos de Administración* en el que se integraban hombres del Estado; directivas de *entidades deportivas* como método de vida pública y de contacto; la *prensa privada*, sobre todo a partir de los años sesenta.

e) Todos estos medios adolecen de no tener un proyecto global de sociedad y de Estado que asegure la cohesión del futuro, a medida que la guerra civil se hace más lejana. El *proyecto sucesorio* y la *institución Monárquica* pretenderán resolver este problema, pero aún no han superado la ambigüedad entre establecer una dictadura de nuevo tipo o pactar con un sistema de partidos.

f) En lo que más han fallado los instrumentos políticos del sistema ha sido en su capacidad de organizar el consensus y la participación de la población. Los *Sindicatos*, cuando se pretendió que canalizaran la movilización obrera en los años 50 (enlaces y jurados, convenios colectivos) se convirtieron en una institución en crisis al plantear una conflictividad no integrable (Sindicato autónomo, libertades públicas, derecho de huelga). Las organizaciones de masas del «movimiento» (OJE, Sección Femenina, Cabezas de Familia) han vivido sin pena ni gloria, o en ciertos casos —Asociaciones de Cabezas de Familia en algunas ciudades— se han convertido como una parte de las estructuras sindicales. Para resolver el problema de la falta de medios de participación política el sistema recurrió, además de la coacción, a la utilización masiva de medios para despolitizar a la población, atomizarla, convertirla en espectadores de la vida social, a través de la Televisión, el deporte, la prioridad a los valores y al consumo individualista, la organización de la vida social, su medio de relación y acción colectivas (por ejemplo, los nuevos barrios urbanos).

Al mismo tiempo han habido partidos o grupos políticos de oposición moderada con pretensión de representar a las clases medias y altas de la sociedad. Estos grupos, hasta el último período de crisis abierta de las instituciones del Estado franquista, tuvieran o no tuvieran nombre de partido (liberales, monárquicos, demócrata-cristianos, nacionalismo vasco o catalán moderado, socialdemócrata, etc.) no han sido verdaderos partidos en el presente, sino proyectos para el futuro, equipos políticos que se han

limitado a montar una red o infraestructura mínima y a manifestarse a nivel de opinión pública a través de los medios de comunicación de masas. Estas tendencias han actuado sobre todo indirectamente (a través de la Iglesia, de entidades económicas o profesionales, etc.), han multiplicado relaciones con la escena política y en ciertos casos (Cataluña y País Vasco sobre todo) han impulsado actividades o campañas de tipo cultural e incluso político en sentido amplio (culturas nacionales, amnistía, libertad de expresión). Pero no se puede hablar de verdaderos esquemas de partidos en desarrollo hasta los dos últimos años. Antes hubiera significado una práctica de enfrentamiento directo con el sistema, para lo cual ni su base social estaba muy dispuesta ni los instrumentos de que disponían lo permitían.

La izquierda, en cambio, sí que ha construido ya partidos políticos. En ello han jugado varios factores. En primer lugar, la izquierda expresa la protesta social y política de los trabajadores, de los sectores populares, de los estudiantes e intelectuales, protesta derivada tanto de sus condiciones de vida como de la rebelión ideológica frente a la opresión. En los últimos 20 años esta protesta ha sido constante y creciente. La base social para la izquierda política existía y era inevitable que sobre ella se desarrollaran partidos. En segundo lugar, los grupos y hombres políticos de la izquierda no eran tolerados por el sistema, por su ideología y sobre todo porque, en la medida que tendían a representar unos movimientos sociales activos, no podían ser asumidos (como podría serlo una revista o las tomas de posición de personalidades). La izquierda necesariamente debía forjar verdaderos partidos políticos en la ilegalidad y en la clandestinidad, no ha tenido ni podía tener los márgenes de tolerancia que tenían otros grupos (que por esto no han desarrollado una infraestructura de combate) y no podía tener otro proyecto que una ruptura radical del sistema.

Siempre ha sido la izquierda la que ha constituido partidos políticos cuando éstos no existían, como decíamos al principio.⁷ Que ahora la iz-

7. Ver *Nota 1*. La izquierda no solamente construye partidos, sino que contribuye a impulsar múltiples organizaciones de masas (sindicatos, cooperativas, organización de base territorial, asociaciones culturales, etc.) a través de los cuales las clases populares se organizan e irrumpen en la vida política. La derecha acostumbra apoyarse en su poder económico-social y en los resortes del Estado. Sólo construye partidos de masas y/o organizaciones autónomas de la población cuando su control del Estado y su poder social están en peligro. En estos casos puede llegar a edificar partidos muy arraigados en el tejido social (las Democracias Cristianas, ciertos partidos nacionalistas) y también a promocionar organizaciones de masas que dan la batalla por la hegemonía ideológica, política, militar a la izquierda; véase el caso chileno con los gremios, agrupaciones patronales, el «poder vecinal», el «poder femenino», algunos sindicatos.

quierda aparezca más organizada es lógico y ha ocurrido siempre así; que esto sea una razón para pretender marginarla del cambio democrático resulta contradictorio y equivocado. En primer lugar, porque si el cambio democrático es ineludible a plazo más o menos breve es precisamente porque esta izquierda existe y no se la puede suprimir por ahora. En segundo lugar, porque son las otras fuerzas las que necesitan sobre todo las libertades públicas para estructurarse. En tercer lugar, porque la fuerza relativa de los partidos antes y después de un cambio político global varía mucho.⁸

Los partidos de izquierda a pesar de su existencia práctica no están totalmente definidos. El que por ahora aparece como más importante, el Partido Comunista, reúne las condiciones básicas para ser un gran partido: una línea política homogénea y clara que a la vez que sintetiza los objetivos fundamentales de su base social permite una convergencia muy amplia; una organización sólida, estable, ramificada en toda la sociedad con medios importantes de propaganda y líderes conocidos y relativamente carismáticos; y una articulación considerable con los movimientos sociales obreros y populares, como corresponde a un partido de izquierda (comisiones obreras y presencia en el sindicalismo oficial, asociaciones de barrio, colegios profesionales, medios culturales y de la prensa, en el menos desarrollado movimiento campesino, en la Universidad y la Enseñanza, incluso en los movimientos cristianos progresistas). Pero que las otras fuerzas de izquierda aparezcan menos configuradas orgánicamente no quiere decir que existan menos y sobre todo que no vayan a desarrollarse mucho más. Las *corrientes de tipo socialista de izquierda, sindicalista, nacionalismo revolucionario, cristianismo progresista*, han sido la base para el desarrollo de numerosas organizaciones políticas, a los que en general ha faltado un proyecto político suficientemente amplio y un aparato organizativo más poderoso para poderse desarrollar como partidos. *El (los) Partido(s) Socialista(s)* sí que, en cambio, empieza a disponer de ambas cosas, pero hasta ahora le ha faltado una suficiente articulación con los movimientos sociales, y además su papel se ha resentido mucho de la pluralidad de organizaciones que se reclaman de la tradición socialista, de la escasa complementariedad entre partidos socialistas centrales o con voluntad de existir en todo el Estado español y los partidos u organizaciones socialistas de cada nacionalidad o región periférica y del anquilosamiento del partido

8. Recordemos el caso de Cataluña antes y después del 14 de abril y la hegemonía que conquistó un partido nuevo, *Esquerra Republicana*, mientras que los partidos que aparecen como importantes al final de la Dictadura: *Lliga*, *Acció Catalana* y *Estat Català* pasaban a ser fuerzas minoritarias.

que podía ser el eje básico, el PSOE, hasta hace muy pocos años. El nuevo dinamismo del PSOE, que cuenta además con muy importantes apoyos internacionales, puede hacer variar en poco tiempo el panorama socialista aunque la relación centro-periferia no será nada fácil de resolver. Como tampoco lo será la confrontación socialistas-socialdemócratas, aunque en este caso lo más probable es que los extremos salten, uno hacia el centro (al estilo Saragat) y el otro hacia la extrema izquierda (tipo PSU francés), para dejar espacio para un partido socialista importante.

La situación parece, pues, dar la razón a los que dicen que la izquierda llega al cambio democrático con sus partidos organizados y la derecha no. Es lógico entonces que la derecha retrase el cambio lo más posible, para preparar sus partidos.

Los casos son un poco diferentes. En primer lugar, los partidos de «Derecha» no se hacen igual que los de la izquierda. Se hacen mucho más deprisa. En segundo lugar, la derecha necesita un marco liberal para construir sus partidos, y si espera a tenerlos para propiciarlo no los tendrá nunca. En tercer lugar, no hay demasiado tiempo para preparativos, el sistema autoritario está en crisis aguda, la irrupción democrática de masas aumentará cada día y la espera sólo hace más difícil la salida.

Nos parece que la primera proposición es bastante evidente. La derecha, por definición, tiene los resortes de la economía y del Estado, de la mayoría de los aparatos culturales y de comunicación social, está estrechamente relacionada con la Jerarquía de la Iglesia y los mandos militares. Sin llegar a decir, como afirmaba hace años un conocido dirigente de la oposición liberal, que le bastaba un teléfono para organizar un partido de derechas en una semana, sí que puede afirmarse que los partidos desde el poder social se organizan deprisa. En nuestro caso las formas y los medios ya se vislumbran. Las fuerzas actuantes en el Estado autoritario se organizan ya en partidos. Los del búnker y partidarios del Estado dictatorial (Confederación de Girón, UNE, UDPE, ANEPA) para impedir que se llegue al Estado democrático y, si no lo consiguen, para optar a una cuota de poder. Los reformistas del Gobierno también, porque pretenden llegar a una situación en la que se exprese un consensus respecto al poder a través de formas de participación política, aunque limitada. También constituye embriones de partidos (Reforma Democrática, UDE). Unos y otros aprovechan los resortes heredados del Estado franquista y las posiciones de poder actuales, desde la institución monárquica hasta la prensa. Los partidos de la oposición moderada no disponen, o mucho menos, de las instituciones de Estado, pero sí en cambio de los aparatos económicos, de los medios de comunicación, de la posibilidad de promocionar líderes y de la Iglesia.

En este panorama, y dejando al margen a la extrema derecha, que tiene y tendrá una base de masas reducida pero cierta, el problema que tienen todos estos esquemas de partido para desarrollarse, es que mientras no hayan elecciones y se constituyan así instituciones representativas, no puede articularse la relación entre sus actuales aparatos y la opinión a la que se dirigen. A través de los aparatos del Estado autoritario, se puede influir en la opinión, se puede extender la burocracia, pero no asegurar la participación. La DC, a través de la red de la Iglesia y de organizaciones católicas, tiene una base de masas potencial muy importante, pero no puede ponerla en pie mientras no tenga posibilidad de hacerla participar en el sistema político.

La derecha hoy no puede jugar durante mucho tiempo la carta de la alianza búnker-reformismo porque ni el búnker puede ya hacer miedo a nadie ni el reformismo hacer reformas democráticas. No puede excluir a la izquierda, o una parte de ella, porque eso requeriría un período previo y relativamente largo de enfrentamiento y de desorden, para dividir y derrotar a la izquierda y romper gran parte de los ligamentos entre ésta y el tejido social. Pero esta solución, costosa y aleatoria, requiere un tiempo, unos instrumentos y una unidad política que no se da. Lo que hay son unos aparatos de Estado en crisis, una derecha dividida, un empresariado que quiere negociar, una Europa que impele hacia la democracia, unas clases medias en ningún caso dispuestas a apoyar políticas de violencia, una izquierda dispuesta al pacto, unas clases trabajadoras y populares preparadas para la participación democrática. Es decir, hay la necesidad de sustituir el agonizante Estado autoritario por un Estado democrático de partidos.

¿Cuál va a ser el sistema de partidos de este Estado democrático? El sistema de partidos del Estado democrático no es la suma de los partidos existentes antes y durante el cambio. Porque antes del cambio no hay sistema de partidos si por esto entendemos el conjunto articulado de fuerzas políticas que representan a las diferentes clases sociales en las instituciones del Estado. El sistema se constituye luego y depende tanto del grado de organización y arraigo social de los diferentes partidos políticos como del mismo proceso de cambio y de la relación de alianzas y fuerzas que se establece entonces. Ahora no podemos predecir cómo será el futuro sistema de partidos, aunque sí podemos apuntar algunos elementos sobre las condiciones necesarias para su funcionamiento.

El posible sistema de partidos en España

Las condiciones mínimas para que un sistema de partidos pueda funcionar son, en términos muy generales, las siguientes: *Primera*, que se dé en el conjunto de la sociedad un consenso sobre la legitimidad de las libertades públicas y del sufragio universal, que se acepten los resultados de las elecciones y el gobierno de la mayoría. *Segunda*, que los partidos políticos que concurren a las elecciones sean la forma principal de representación política de las fuerzas sociales existentes y que aseguren así la representación real de la sociedad en el conjunto de instituciones del Estado. *Tercera*, que la distancia social entre las clases sea relativa, es decir, que haya una base mínima de intereses comunes (por ejemplo, desarrollo económico, instituciones democráticas, mínimo orden público, etc.), así como márgenes suficientes —tanto socio-económicos como ideológicos— para los compromisos. De esta forma el sistema representativo puede servir para negociar los conflictos y evitar que se conviertan en batallas cuyo objetivo sea la destrucción del adversario.

Para que estas condiciones se den es preciso que se den otras más básicas: nivel de desarrollo socio-económico que posibilite el diálogo entre las clases sociales, a pesar de su antagonismo; instituciones con verdadera capacidad de representación y suficiente autoorganización de los grupos sociales para poder estar representados; no existencia de factores de ruptura de la comunidad socio-política y cultural.⁹

¿Estas condiciones pueden darse en España? Hay muchos más indicios favorables que contrarios. El desarrollo económico y la homogeneización de las grandes clases sociales. La necesidad mutua y constante del capital y del trabajo de establecer acuerdos en su relación antagonica. El desarrollo de amplias clases medias-asalariados del sector público que generan una conciencia de servicio público y de democratización del Estado.

9. La multiplicidad de conflictos en una sociedad si hay un sistema institucional adecuado tanto para encauzarlos como porque está abierto al cambio (una Constitución muy progresiva, por ejemplo) no son un elemento de inestabilidad, al contrario, pueden servir para regular y resolver las contradicciones más agudas. Pero cuando coinciden las líneas de demarcación de todos los conflictos y las fuerzas político-sociales pierden un margen de intereses y valores comunes, se rompe la comunidad y la sociedad se enfrenta en bloques opuestos. Por ejemplo, cuando las divisiones sociales, nacionales, religiosas, etc., coinciden y dan lugar a la formación de dos bloques opuestos, cada uno de ellos con voluntad de ocupar *todo* el Estado. Así ocurrió en España en 1936 y en Chile en 1973 y la política de «compromiso histórico» se plantea precisamente como una política destinada a impedirlo, sin renunciar a la transformación de la sociedad capitalista en sentido socialista.

La pérdida de poder de las viejas oligarquías agrarias, sustituidas por el capital financiero e industrial con mayor capacidad de compromiso y menos ligado a las soluciones políticas más retrógradas. La generalización de la ideología democrática en sus aspectos básicos (derechos humanos y civiles, libertades políticas, igualdad ante la Ley, derechos sociales, control democrático de la Administración) como resultado de los procesos de urbanización, extensión de las actividades modernas y ruptura de las formas tradicionales de control social.

Pero, al margen de estos factores socio-económicos y culturales, difíciles hoy por hoy de apreciar en sus efectos políticos, hay otros factores más propiamente políticos que pensamos hacen razonable prever la salida democrática con partidos políticos como la más viable.

Un factor, y de gran importancia, es precisamente lo que a veces se aduce, desde la derecha, como peligro para el cambio, *la organización social y política de la izquierda*. A lo largo de los últimos 20 años la clase obrera y los sectores populares en general, a través de sus luchas y demandas, de sus esfuerzos para descubrir sus intereses comunes y desarrollar su vida colectiva, han forjado una red, una democracia organizada por la base, que les ha convertido en clases políticamente maduras para la democracia. Los partidos de izquierda, tanto los arraigados como los de opinión, no se encuentran frente a unas clases atomizadas, susceptibles de seguir cualquier demagogia o de acciones incontroladas, sino frente a unos grupos sociales que han empezado a afrontar, a elaborar sus objetivos inmediatos, a luchar y a negociar por ellos, a impulsar organizaciones propias y a utilizar, cuando han podido, la presencia de instituciones del Estado, que han buscado combinar la participación activa de todos (asambleas en fábricas y barrios, por ejemplo) con la designación de representantes. Nadie puede decir que estemos asegurados contra explosiones de violencia, sobre todo si el cambio se retrasa y las demandas se reprimen, pero sí en cambio es lógico pensar que hay las condiciones necesarias para que se desarrolle una vida asociativa, unos sindicatos, unos partidos, correspondientes a una sociedad desarrollada, social y culturalmente integrada y con un alto nivel de institucionalización. La izquierda española se parecerá mucho más al Partido Comunista Italiano o al Partido Socialista Francés que no a la FAI o al PCE o a la izquierda socialista de principios de los años treinta.

Otro factor favorable al cambio son las *opciones políticas que se presentan a la derecha*. La larga crisis del Estado dictatorial ha hecho que sus aparatos, profundamente divididos, trabajados por las corrientes democráticas, sin fuerzas ni legitimidad para imponer una nueva solución autoritaria, no sirven ni para el continuismo con marcha atrás ni para simples

reformas de fachada. La presión social popular y democrática le exige, por otra parte, instrumentos de negociación y consenso, puesto que ya hemos dicho antes que la otra salida, la dura, exige un período previo de «argentinización» que casi nadie parece desear. Para la salida democrática las fuerzas sociales conservadoras cuentan con dos bazas con las que aún pueden jugar: un conjunto embrionario de partidos políticos que puede desarrollarse rápidamente y una masa importante de ciudadanos (*opinión pública*, «mayoría» silenciosa) que puede apoyar opciones moderadas de signo liberal o demócratacristiano. El error para estas fuerzas sociales sería apoyar hasta el desastre la alianza búnker-reformismo, que no puede ir adelante ni atrás ni mantenerse en equilibrio, que puede crear serios problemas en las Fuerzas Armadas y hacer perder a la institución monárquica las posibilidades que pueda tener. Del reformismo del gobierno puede salir en cambio un partido conservador importante si sabe pactar a tiempo con la oposición democrática y coprotagonizar el proceso de cambio democrático definitivo.

Por último, hay que tener en cuenta que en esta doble situación de crisis económica y política y de relativo equilibrio de fuerzas, los grupos sociales buscan una salida estable y necesitan negociar y llegar a un compromiso que proporcione una salida ordenada y estable. El marco y los medios para este compromiso son precisamente el Estado democrático y los partidos.

No se nos ocultan los graves problemas que deberán resolverse en el período provisional y constituyente y que pueden obstaculizar seriamente la consolidación de un Estado democrático. Un problema inmediato sería la cuestión de la *monarquía*. Probablemente muchas fuerzas de derecha y de centro querrán mantener la institución fuera de toda negociación y de cualquier cuestión popular. Es posible que haya sectores de la oposición dispuestos a aceptarlos, pero parece obvio que los partidos más coherentemente democráticos y especialmente la izquierda no podrán aceptar sin más una forma de Estado que no tenga el referendo popular a través de un sufragio universal libre. De todas formas, el compromiso puede encontrarse, por ejemplo, aceptando, en el caso de una ruptura pactada a corto plazo, que el rey presida el período provisional durante el cual, además de la elección de unas Cortes constituyentes, el pueblo deberá aprobar la forma de Estado. Pero esto sólo sería posible si la monarquía no llega demasiado quemada a este período y si ha sabido jugar un papel positivo para hacerlo posible.

Otro problema será el *búnker*, los que proclaman que no aceptarán «otro Estado que no sea el del 18 de Julio». ¿Qué se puede hacer con ellos? Uno está convencido que la relativa fuerza que aún tienen, en el

marco del Estado heredado del franquismo, la perderán casi toda en el cambio democrático.¹⁰ Su existencia política, como su obsesión con el Estado del 18 de Julio demuestra, va indisolublemente ligada al monopolio político. En un Estado de partidos todos juntos pueden formar un pequeño partido de extrema derecha. No representarán un problema en un marco democrático, sí en cambio representan un grave peligro de tensión y violencia mientras no se llegue a él.

La cuestión de las Fuerzas Armadas, que aparece como la más delicada, debería ser la más fácil de resolver. Porque es evidente que no se trata de una institución heredada de la situación anterior que haya que poner en cuestión, sino de llevar a término una tendencia que ha ido haciéndose mayoritaria tanto en su seno como entre las mismas fuerzas sociales que apoyaron el levantamiento de 1936: el papel de la FF. AA. no es el de ejercer el gobierno directo, sino el de garantizar la defensa del país y el orden constitucional que la sociedad se haya dado. Las FF. AA., más que un problema, pueden ser parte integrante de la solución del cambio como garantía del pacto entre las fuerzas reformistas y las de la oposición y de la libertad pública y del orden durante el período provisional.

El *orden público* puede ser un problema que exigirá una gran responsabilidad de todas las fuerzas políticas. La extrema derecha jugará las últimas cartas con la provocación de desórdenes, actos de violencia, enfrentamientos, intentando de esta forma reunificar a las FF. AA. y a la derecha sobre la base de una solución autoritaria. Más complejas resultarán las situaciones planteadas por las demandas sociales más apremiantes (parados, barrios y pueblos en situaciones límite, asalariados con menores ingresos, servicios públicos más abandonados, situaciones rurales más injustas, etc.) que pueden derivar rápidamente a formas de acción directa y minoritaria. El problema deberá resolverse no con medios políticos más represivos, sino a través de instituciones democráticas creadas *ad hoc* y de las organizaciones políticas y sindicales, que pueden incluso impulsar formas de autosolución de algunos problemas (autogestión, cooperativas, puesta en marcha de obras públicas).¹¹

10. La extrema derecha llega al cambio democrático como fuerza política derrotada. Ha perdido casi toda la legitimidad social y en el proceso de cambio van perdiéndose sus posiciones en los aparatos del Estado. Hoy su principal fuerza le viene dada en su alianza con los reformistas, pero a medida que éstos se vean forzados a pactar con las fuerzas de oposición, como único medio de evitar el caos y construir la democracia, la extrema derecha, aislada, se deshará como un castillo de naipes.

11. Hay que tener en cuenta que el cambio político implicará un extraordinario aumento de las expectativas sociales de las clases populares. Demandas largo tiempo reprimidas, necesidades insatisfechas, van a estallar en un marco de libertades y frente

Una última cuestión, que tiene una gran carga explosiva, es la *cuestión de las nacionalidades periféricas y de las autonomías regionales*. Se especula mucho respecto a que la derecha e incluso parte importante de la opinión pública española, las FF. AA. especialmente, pueden convertirse en fuerzas contrarias al cambio democrático si éste supone un peligro de desmembración del Estado y de la sociedad actuales. Por otra parte, las fuerzas sociales movilizadas por la democracia han hecho de la autodeterminación de las nacionalidades y de las autonomías regionales uno de sus objetivos básicos. Si las nacionalidades periféricas no encuentran desde el primer momento del cambio una fórmula que reconozca sus derechos propios (como, por ejemplo, el estatuto de autonomía) puede precipitarse un conflicto muy peligroso en un período provisional y constituyente. El planteamiento del problema en términos de enfrentamiento —Estado unitario o Estado roto— no es el correcto. Las autonomías regionales o incluso el Estado federal representan lo contrario de la desmembración; representa unir algo que es diferente. La desmembración comunitaria se produce cuando no se reconocen estas diferencias, las personalidades propias de cada pueblo. Los partidos políticos que configurarían nuestro sistema democrático se organizan a la vez sobre bases de nacionalidades o regiones y a nivel de todo el Estado español, incluso los partidos de derecha y los socialistas, que antes de la guerra civil habían demostrado poca sensibilidad al respecto. Este doble carácter de los partidos nos parece básico para una correcta solución del problema.

Hay una cuestión que hoy los reformistas del Gobierno agitan como problema clave, *la cuestión comunista*. Es un problema mal planteado. La cuestión comunista no existe como tal, sino solamente como excusa para frenar el cambio democrático.¹² Si no existieran los comunistas habría que

a unas fuerzas políticas, que todas, como corresponde a los que buscan el máximo consenso, se presentarán como defensores de intereses populares y de reformas sociales. Esta explosión social puede ser encauzada por las organizaciones sindicales, por los partidos políticos de izquierda y centro-izquierda, pero en ciertos casos tomarán formas más violentas y constituirán una base social —minoritaria pero no despreciable— para la extrema izquierda más radical.

12. La «cuestión comunista» consiste en suponer que el fantasma que atormenta las mentes de los nostálgicos de la cruzada está presente en toda la sociedad española. Forma parte de la alianza, inmovilista en el fondo, búnker-reformistas. Pero es algo más. Agitando la cuestión comunista se pretende controlar un proceso de cambios formales del que están excluidas todas las formas de participación, de intervención popular, que es lo único que puede construir la democracia. El problema ya no son los comunistas, sino el carácter democrático o refrendatario del cambio. Esto último, que supone una población de espectadores pasivos, quizás era posible hace 20 o

inventarlos, como el caso de los judíos con los nazis. Con la diferencia que aquí no se puede unir gran parte de las fuerzas políticas y de la opinión pública en una cruzada anticomunista. La «cuestión comunista» pudo plantearse en Alemania o en Grecia a finales de los años cuarenta, cuando con la partición de Alemania en el primer caso y la derrota de la izquierda en la guerra civil en el otro, los comunistas quedaron aislados de las otras fuerzas políticas y sus ligámenes con el tejido social rotos, es decir, como fuerza política vencida y especial (responsabilizados de la partición o de la guerra civil). En el caso español lo que ocurre es lo contrario. Es la derecha dictatorial la fuerza vencida, la que pierde legitimidad y queda aislada con el cambio democrático. La izquierda, tanto los comunistas como las otras corrientes, en la medida que representan a fuerzas sociales en movimiento, que ya ahora actúan como pilar de la democracia, dirigiendo la presión democrática de masas, organizando y representando a los sectores populares y medios de la población, creando las condiciones para el funcionamiento de instituciones representativas, buscando los compromisos con la derecha, incluso con los reformistas, para encontrar puntos de acuerdo según los intereses más generales de la sociedad, la izquierda, pues, es una pieza indispensable de un sistema democrático, que sin ello quedaría cojo y oscilaría entre el desorden y una nueva dictadura.

En la democracia no puede limitarse obligatoriamente el sistema de partidos, no por razones de justicia abstracta, sino por razones de eficacia social y de legitimidad política del sistema. Un sistema político organizado sobre bases representativas no puede eliminar, so pena de ver bloqueado su funcionamiento, a ninguna fuerza política socialmente representativa. Una sociedad pluralista e integrada no puede políticamente funcionar si deja fuera a grupos sociales importantes. Un Estado que basa su legitimidad en los derechos reconocidos por igual a todos los individuos y grupos sociales, en las libertades públicas para todos, no puede excluir a ningún sector importante de la vida social y política.

La eterna polémica sobre si la derecha-derecha puede ser democrática o si la izquierda —o los comunistas en concreto— pueden serlo hasta el final, no tiene demasiado sentido. La derecha y la izquierda son forzosamente democráticas si se da entre ellas un mínimo equilibrio de fuerzas

25 años (y no es seguro), pero no lo es en todo caso ahora. Digan lo que digan, en nuestro país sólo hay una fuerza que no quiere ninguna democracia política, que puede desatar la violencia para impedirla, que será en todo momento un enemigo de la libertad, es la extrema derecha, el búnker. Son los únicos que merecen una discusión sobre si pueden o no participar en el libre juego político.

y el marco institucional democrático permite encauzar los conflictos. Es decir, que la derecha e izquierda sean democráticas depende mucho más de sus formas de existencia social y política que de su ideología y de sus programas.¹³ Hemos intentado explicar por qué en España la mayoría de la derecha y de la izquierda pueden y deber ser democráticas y cómo los problemas más conflictivos e inmediatos pueden resolverse en un marco democrático y de partidos. Esto si el cambio democrático culmina en el actual período, puesto que si se consolida una política «caetanista» y se desarrolla un proceso de «argentinización» las cosas cambiarían bastante.

La originalidad política de Cataluña

La originalidad política de Cataluña hoy es manifiesta. Los elementos más característicos para nosotros son éstos:

13. Es una cuestión en general mal planteada la de si un Estado democrático puede admitir o no a las fuerzas extremistas, de derecha, de izquierda, que proclaman su no aceptación de la democracia o su objetivo de acabar con ella. En primer lugar, este argumento se utiliza a veces contra organizaciones políticas que sí son democráticas, aunque tienen como objetivo una transformación social y política que modifica el funcionamiento del Estado, lo cual es perfectamente legítimo, pues si no sólo serían admisibles partidos conservadores. En segundo lugar, un Estado democrático de partidos no puede excluir de entrada a ninguna fuerza que concurra a la vida democrática al nivel que sea (actuación pública, presentación de candidatos en elecciones, presencia sindical, etc.), pues sería falsear el funcionamiento del sistema. Lo que sí puede es reprimir las acciones de aquellos partidos que se enfrentan abiertamente con el orden legal democrático, es decir, que se opongan tanto al funcionamiento de las instituciones representativas como a la libertad y a las decisiones de las mayorías. En tercer lugar, no se puede equiparar a la extrema derecha y a la extrema izquierda, puesto que la primera acostumbra a apoyarse en los aparatos más reaccionarios, más incontrolados por la población, del Estado, y a formar bandas violentas con el objetivo de mantener, de establecer una dictadura, mientras que la extrema izquierda quiere expresar las demandas más apremiantes de ciertos sectores sociales particularmente oprimidos o descontentos, y su objetivo es crear unas condiciones que hagan posible tanto la satisfacción de las reivindicaciones populares como el ejercicio real del poder político por los trabajadores. Aunque las formas radicales y minoritarias con que actúa tengan a menudo efectos contrarios a los pretendidos. En resumen, diríamos que nos parece que ni la extrema derecha ni la extrema izquierda, como partidos políticos, deben ser prohibidos, aunque su acción sea objeto, obviamente, de un control político y social, y que el control de la extrema derecha compete sobre todo el Estado, mientras que el control de la extrema izquierda compete especialmente a las organizaciones de masas mayoritarias entre las clases populares. Además, como decíamos en el texto, el carácter democrático o no de una organización depende no tanto de su ideología o de sus tomas de posición, como del reconocimiento de su papel en el sistema político y de la recepción de las demandas que su base social expresa.

a) *La existencia de un nivel de organización democrática*, de vida social institucionalizada, incomparablemente mayor que en el resto del Estado español. En todas las clases de la sociedad, pero especialmente en las clases populares y medias. El *movimiento obrero* no solamente dispone de un capital de movilización y organización ilegal importante, sino que desde hace años ha desarrollado formas de actuación (asambleas) y coordinación abiertas y ha permitido que los trabajadores se autoeducaran respecto a la organización, la representación, la articulación de la reivindicación económica y sindical con los objetivos políticos. La ocupación de la Organización Sindical ha ido aquí mucho más lejos con el consiguiente refuerzo de la organización obrera, como también se ha ido más lejos en el diálogo con el empresariado, a nivel de empresa, de ramo, de comarca. El *nivel de organización social de los barrios y ciudades* (Asociaciones y Federación de Asociaciones de Vecinos, Coordinadoras de Entidades en distritos y localidades) se distingue no solamente por su base popular, sino por su extensión social y política (presencia de sectores políticos moderados y de la pequeña y media burguesía), lo que da lugar a que sus iniciativas, desde el planteamiento de alternativas municipales hasta las campañas (de dimisión de alcaldes, normalización del uso público del catalán) o las propuestas de acción (manifestación por la amnistía, por ejemplo) tengan una considerable credibilidad y un garantizado poder de convocatoria. La *enseñanza*, la *Universidad*, los *colegios profesionales*, la *Sanidad*, los *intelectuales*, son sectores estructurados, tanto en el sentido de su organización como en el de sus objetivos, casi siempre formalizados en programas ampliamente asumidos. Basta citar los programas y el debate sobre la Escuela Pública, las alternativas democráticas en los claustros universitarios, la movilización y coordinación que representa el Congreso de Cultura Catalana, el papel jugado por los colegios profesionales, la *Asamblea d'Intelectuals*, el inicio de configuración de alternativas sanitarias. Incluso el *campesinado* empieza a forjar instrumentos de acción y representación colectivas (*Unió de Pagesos*). A esto deberíamos añadir el *movimiento cooperativo*, el papel cívico, cuasi político de *entidades culturales y deportivas*, el arraigo de la *vida local y comarcal* en el complejo sistema de ciudades pequeñas y medias de Cataluña. Esta extrema red de vida social, de democracia organizada, representa un tejido en el cual deben forzosamente arraigar los partidos políticos. Mientras éstos no sean legales y no haya plenas libertades públicas, tanto los partidos como los organismos unitarios (*Assemblea, Consell*) deben forzosamente tener muy en cuenta esta red democrática para elaborar una extraordinaria mediación, aunque lenta y complicada, entre la población y las organizaciones políticas. Después del cambio democrático la vida asociativa se desarrollará aún más

y a pesar de que los partidos tengan entonces sus formas de relación directa con las masas, también deberán estar presentes en este tejido social organizado para recoger y sintetizar sus aspiraciones y aportar sus proyectos globales.

b) *Otro elemento característico es la politización amplia de la burguesía en Catalunya.* El fenómeno es relativamente reciente,¹⁴ pero importante. Los partidos y grupos de acción política, legales unos (en forma de clubs, sociedades anónimas), alegales otros, se han multiplicado en los últimos meses. Pero el proceso de organización política de la burguesía se desarrolla hoy rápidamente, porque ya había forjado en los años anteriores instrumentos parapolíticos, tanto de relación interna como de influencia social. Entre estos instrumentos podemos citar: *a)* los Ayuntamientos; *b)* las entidades económicas (Cámara de Industria, Feria de Barcelona) y político-económicas (Liga Económica de Cooperación Europea, Círculo de Economía); *c)* la prensa; sobre todo en los últimos años, todos los diarios de Barcelona se han convertido en instrumentos muy políticos de distintos sectores de la burguesía catalana; *d)* las entidades culturales, profesionales, deportivas (desde el *Orfeó Català* hasta el Fútbol Club Barcelona, pasando por algunos Colegios Profesionales, muy ligados, a nivel de sectores activos, a la burguesía media); *e)* la Jerarquía eclesiástica; si la evolución del clero y de los movimientos cristianos ha jugado un papel importante en el desarrollo político de las clases populares y medias, la jerarquía de la Iglesia catalana ha sido la más política, más demócrata y más ligada a los sectores liberales de la burguesía que la del resto del Estado español, desde Montserrat hasta el Obispado de Barcelona.

Las causas de esta «politización» superior de la burguesía catalana son múltiples y no es el momento de analizarlas. Citaremos solamente algunos datos relevantes. La burguesía catalana llega tarde a Burgos, se integra mal en los aparatos de Estado central. En consecuencia debe forjar instrumentos propios, aunque sólo sea para plantear sus demandas. Por otra parte, el peculiar proceso histórico español, desde el siglo XIX sobre todo, habría impelido a la burguesía catalana a dotarse de instrumentos políticos propios y a buscar por todos los medios un consenso social en Catalunya. La multiplicación de instituciones y entidades, públicas y pri-

14. No hay que sobrevalorar el carácter democrático y catalanista de la burguesía. Durante dos décadas la inmensa mayoría se adaptó de bastante buen grado al franquismo y olvidó tanto el liberalismo como las reivindicaciones catalanas. La burguesía catalana enviaba más dinero a la Universidad de Navarra que al *Omnium Cultural* y los hombres o grupos políticos de la oposición moderada no han recibido apoyo de las clases que pretenden representar hasta los años sesenta.

vadas —empezando por la misma ciudad de Barcelona y sus entidades representativas—, y la función cívica atribuida a todos ellos, con el conjunto cohesionado por el catalanismo, la descentralización, la ideología democrática, tendría un triple efecto: dotará a la burguesía de importantes instrumentos de influencia social, dará un contenido político democrático e incluso popular a estos instrumentos, dejará al Estado central sin espacio suficiente para instalar aparatos de control social directo eficaces.¹⁵ Estos instrumentos forjados a través de la historia, desde las instituciones culturales catalanas hasta el Fútbol Club Barcelona, serán recuperados por la burguesía y las clases medias. A partir de los años 50-60 el sector más politizado de la burguesía no construye partidos de oposición, pero sí que se lanza a una actividad prepolítica (el «*fer país*») a través de instituciones como Omnium Cultural, las actividades que subvenciona la Banca Catalana, organismos de la Iglesia, el apoyo al *boom* del libro y del disco catalanes, entre otras. Cuando la crisis del Estado autoritario ha obligado a la burguesía media y alta a lanzarse a la palestra política se ha encontrado con un arsenal de medios que no existían fuera de Catalunya e incluso con sectores —minoritarios pero reales— de estas mismas clases en plena actividad política.

c) *El último elemento que queríamos indicar es el de la madurez de la sociedad catalana para un cambio democrático y un sistema de partidos.* Dos fenómenos son muy ilustrativos al respecto: el grado mucho mayor de *unidad de las fuerzas políticas* de oposición y el *carácter constructivo* de la oposición político-social.

El *nivel de unidad* alto no solamente se expresa en la existencia de organismos unitarios (desde la *Taula Rodona* y la *Coordinadora de Forces Polítiques* en los años sesenta, hasta la *Assemblea de Catalunya* y el *Consell* ahora), sino sobre todo por el amplio espectro social y político que estos organismos recogen y por su capacidad de movilización, de acción. El arraigo de campañas por la lengua catalana, la amnistía, el estatuto del 32, por ayuntamientos democráticos, por el Congreso de la Cultura Catalana; la solidaridad amplia recibida por el movimiento obrero; el rol democrático jugado por entidades culturales y profesionales; la existencia de movimientos populares ciudadanos en los que los barrios obreros aparecen unidos a los centrales y a las entidades ciudadanas, todo ello expresa un

15. No hay que olvidar nunca el doble carácter de la mayoría de las entidades públicas catalanas, a la vez instrumentos de la burguesía alta y media y fuertemente influenciada por las clases populares. Esto vale para la prensa, el F. C. Barcelona o los Colegios Profesionales. El gran ausente es siempre el Estado central, el elemento aglutinador es siempre un genérico catalanismo democrático.

alto grado de confluencia política. La reciente constitución del *Consell* es la culminación de ello.

El *carácter constructivo* de los movimientos sociales y políticos de oposición se expresa tanto a través de los contenidos (programas realistas, aplicables, en la enseñanza, la sanidad, el urbanismo, etc.; reivindicaciones obreras ligadas con propuestas de política económica y transformaciones sociales; articulación de los objetivos socio-económicos y culturales con las condiciones políticas concretas que los pueden hacer viables a través de la obtención de las libertades políticas y del Estatuto de autonomía) como de la construcción de organizaciones con capacidad de gestión social, de ser interlocutores del Estado y de las fuerzas políticas e incluso de ser pilares de orden democrático y de continuidad de la vida social en un proceso de cambio. Las Asociaciones de Vecinos y la coordinación de Entidades Ciudadanas como base de las alternativas municipales y de distrito. El ensamblaje que representan Comisiones Obreras y otras organizaciones sindicales legales, asambleas y comisiones elegidas directamente, UTT, agrupaciones y jurados, para la culminación de un proceso sindical constituyente. El alto nivel de organización democrática de la enseñanza: Rosa Sensat, la *Escola d'Estiu* y Coordinación Escolar, el Colegio de Doctores y Licenciados, la Federación de Padres, el triunfo de las candidaturas democráticas en las últimas elecciones sindicales, el Congreso de la Formación, las Asociaciones de Catedráticos y de agregados, coincidentes en sus planteamientos sobre la Escuela.¹⁶ El Congreso de Cultura Catalana, en su vertiente de participación popular, está demostrando la convergencia de objetivos culturales y políticos en sentido amplio presentes en la sociedad catalana. El empresariado catalán empieza a tener también posturas constructivas de cara a un futuro democrático, tanto por lo que respecta a la política económica y social,¹⁷ como respecto al movimiento obrero (ten-

16. La reciente constitución del *Consell de l'Ensenyament*, así como las posturas relativamente distintas en la oposición respecto a las elecciones municipales, el debate sobre el carácter más o menos popular del Congreso de Cultura Catalana, las crecientes dificultades para constituir frentes democráticos amplios en algunos Colegios Profesionales, etc., indica que las alternativas sectoriales con que las fuerzas democráticas se presentarán al cambio pueden ser diferentes, lo que es una razón para que no deban ser asumidas en exclusiva por los organismos políticos generales de carácter unitario.

17. Los partidos de centro, ligados todos ellos a la burguesía catalana, como el *Partit de Centre*, *Convergència Democràtica*, *Esquerra Democràtica*, etc., proponen hoy por hoy programas socio-económicos de carácter avanzado (fiscalidad, nacionalizaciones en ciertos casos, control público en urbanismo, prioridad a equipamientos sociales, participación de los trabajadores y sindicatos en la empresa y en los organismos económicos).

dencia a la negociación, aceptación del derecho de huelga y de un sindicalismo autónomo y de clase, etc.) y podríamos decir que empieza a estar disponible para una ruptura pactada, aunque no la impulsa por ahora. La *Asamblea de Catalunya* representa probablemente el nivel más alto alcanzado por esta oposición político-social constructiva. Por su composición múltiple, por su programa mínimo, por su legitimidad ante la población, no sólo tiene un amplio poder de convocatoria que está siendo decisivo en la movilización popular y la crisis de las instituciones del Estado dictatorial, sino que es también el polo de referencia política (más que de organización) que permite orientar la constitución de alternativas sectoriales y locales y forjar en los distintos centros de la sociedad catalana la alternativa democrática-institucional del proceso de ruptura. Es decir, que si para que sea posible un cambio político hace falta que las viejas instituciones estén en crisis y que las fuerzas sociales más importantes hayan forjado alternativas, podemos concluir que estas dos condiciones se dan en Cataluña.

La explicación histórica y política del por qué se ha llegado a ello exigiría amplios desarrollos que ahora no es oportuno hacer. Diremos simplemente que la combinación de tres factores ha resultado muy importante. La existencia de la *cuestión nacional* ha sido un factor de aglutinamiento democrático muy poderoso. La izquierda lo comprendió desde los años treinta y en las difíciles condiciones del franquismo tiene el mérito histórico de haber educado políticamente a la clase obrera y a las clases populares en sentido democrático y nacional catalán, haciendo prácticamente imposible la resurrección del lerrouxismo y del apoliticismo. Cuando la derecha (o el centro) ha vuelto a «hacer política», cuando ha pretendido crear unos instrumentos para obtener un futuro consenso social ha vuelto al catalanismo, cultural primero, autonomista ahora. Ninguna fuerza política en Cataluña puede hoy esperar obtener importantes apoyos sociales sin una postura catalanista y democrática (puesto que no hay catalanismo, en España, autoritario, ya que la «autoridad» es el centro centralista).

Un segundo factor es el de la propia *estructura social*, de sociedad altamente industrializada y urbanizada, en la que a pesar de la inmigración obrera y de funcionarios se dan altos niveles de integración social y cultural; con amplio predominio de los sectores asalariados en la ciudad y con una propiedad agraria relativamente repartida que ha eliminado desde hace tiempo las relaciones caciquiles. Es un tipo de sociedad en la que los grupos sociales se autoorganizan y tienden a crear instituciones estatales representativas; en las que los antagonismos sociales se establecen entre grupos que se conocen mutuamente y entre los cuales también hay intereses

comunes, como indicábamos al principio al citar las condiciones que facilitan el funcionamiento de un sistema de partidos.

El tercer factor que nos parece ha sido determinante ha sido el carácter de los *partidos de base popular*. Decíamos al principio que en una situación sin partidos las clases populares son los que primero forjan instrumentos políticos, pues no disponen de los resortes del poder en la sociedad. Las fuerzas políticas predominantes en la izquierda constituidas durante el franquismo, y especialmente el PSUC, que ha sido la más importante, se han caracterizado, al contrario de la tradición lerrouxista y cenetista anterior, por una gran capacidad para integrar los objetivos y las formas de acción de los trabajadores y sectores populares, en el marco de una política unitaria, democrática y autonomista, que ha impedido la separación entre la lucha de masas de la clase obrera y de los sectores más avanzados y radicalizados de la sociedad y las opciones liberales y democráticas que iban tomando la burguesía, la Iglesia, la mayoría de las clases medias, etc. El predominio de una izquierda «política», pilar de un futuro sistema de partidos en un Estado democrático, ha sido un elemento clave para llegar a la situación actual.

Sobre el sistema de partidos en Catalunya

Finalmente podrían hacerse algunas hipótesis respecto al futuro sistema de partidos en una Catalunya democrática. Como decíamos antes, el sistema de partidos se forja en la última fase del cambio democrático y sobre todo durante el período constituyente. Se crearán nuevos partidos; grupos de opinión hoy pueden ser grandes fuerzas mañana, organizaciones activistas del presente pueden prácticamente desaparecer en el futuro. De todas formas, y suponiendo que se llegue a un Estado democrático de partidos en un plazo relativamente breve de forma predominantemente pacífica y con la participación de sectores que vayan del reformismo gubernamental hasta la extrema izquierda (es decir, la ruptura pactada) es posible que los grandes bloques de fuerzas políticas en Catalunya y su articulación fueran más o menos como sigue.

En primer lugar, pensamos que la extrema derecha heredera del franquismo tendrá poco peso y le será muy difícil establecer alianzas con otras fuerzas. Nos referimos no ya a los grupos fascistas más o menos violentos, de importancia despreciable en Catalunya, sino a los sectores que han jugado a las «asociaciones» después de haber colaborado activamente con el sistema desde la guerra civil hasta ahora: los ANEPA, UDE, UDPE.

Hay una derecha catalana que se busca y no acaba de encontrarse.

Los intentos son muchos (la *Lliga*, el *Club Catalònia*, el *Partit de Centre*), pero pocos pueden fructificar. Tanto la Democracia Cristiana como la *Convergència Democràtica* como *Esquerra Democràtica*, hoy en posiciones políticas claramente democráticas y de oposición, lo que les conduce a potenciar los aspectos progresistas de sus programas (no tienen responsabilidad de gobierno, lo cual les lleva a acentuar sus elementos críticos), recogerán más adelante una base social mucho más moderada que los sectores más activos y politizados que los siguen hoy. Si se establece un acuerdo entre estas fuerzas, si se configura una fuerza hegemónica que agrupe a la mayoría de ellos (como ocurrió con la DC en Italia en 1945), se formará un bloque centrista, con alas a la derecha y a la izquierda importantes, que puede pretender a la hegemonía política con una política reformadora moderada.

Si durante el proceso de cambio logra aglutinarse una fuerza de derecha importante, ligando sectores del reformismo gubernamental con la oposición democrática más conservadora, lo que nos parece una hipótesis menos probable, entonces puede formarse un bloque de centro izquierda tal como ya se presenta ahora (*Convergència Democràtica*, *Unió Democràtica*, *Reagrupament*) en una posición bastante difícil, contra la derecha y anticomunista a la vez. La hegemonía de los valores democráticos que se está consolidando y la base social relativamente conservadora de las fuerzas de centro-izquierda nos hace pensar más viable que combinándose estos dos factores, favorezcan la primera posibilidad indicada, es decir, una fuerza centrista, con una ideología de centro-izquierda y una política de centro-derecha.

En el caso de que se forme este gran bloque centrista es probable que los sectores más progresistas del *Reagrupament*, *Convergència Democràtica* y *Unió Democràtica* pasarán a engrosar las filas de un fuerte Partido Socialista, más o menos parecido al modelo francés. Este Partido Socialista sería una fuerza de unión de la izquierda, es decir, no centrista en el sentido que lo ha sido la socialdemocracia europea entre 1947 y finales de los sesenta (presentándose como «tercera fuerza» entre derecha y comunismo). De momento la configuración precisa de un partido socialista catalán no se puede determinar: a la *Convergència Socialista* deberían añadirse sectores de centro izquierda, la Federación catalana del PSOE y otras fuerzas de procedencia catalanista y sindicalista para formar la base de este Partido.

El PSUC será seguramente una fuerza decisiva en la izquierda. Si lo es aliado con un Partido Socialista poderoso y otras fuerzas políticas y sindicales, puede formarse un bloque de izquierdas con capacidad de hegemonía, tanto para forzar acuerdos con el bloque centrista como para ser

una alternativa de gobierno creíble.¹⁸ En cambio, si se da la hipótesis que antes decíamos menos probable, es decir, una fuerza de derecha importante y otra de centro izquierda anticomunista, con un socialismo de izquierda presumiblemente débil y dividido, el PSUC será igualmente una fuerza importante, pero con el riesgo de quedar bloqueado en la oposición.

Es decir, que se nos aparecen dos sistemas de partidos posibles. En los dos la extrema derecha la consideramos flaca y marginada. En el primer caso la derecha tradicional es poco importante y se forma un gran bloque centrista con voluntad mayoritaria. Frente a él se forma un bloque de izquierda socialista-comunista que también puede aspirar a conquistar la mayoría. Nos parece la hipótesis más probable, a pesar de que los sectores que son clave en esta hipótesis («el centro-izquierda») parecen apuntar más por la segunda solución. Ésta consistiría en un bloque de derecha (que podría incluir también a sectores de la que hemos denominado extrema derecha y la derecha liberal) y frente a él un bloque de centro-izquierda, ambos con aspiraciones de mayoría relativa. La izquierda-izquierda aparecería entonces dominada por el PSUC, con un socialismo minoritario.

Nos parece que incluso cuando las fuerzas de centro-izquierda hablan de este segundo modelo, están en la realidad preparando el primero, procurando llegar a él después de haber ocupado el máximo espacio hacia la izquierda y de haber intentado que la izquierda-izquierda sea identificada con el polo comunista. A pesar de lo que se diga hoy, y por la fuerza de las cosas no se podrá evitar, pensamos nosotros, ni la atracción hacia la derecha que tendrá el bloque de centro-izquierda ni que se cubra el espacio libre para una gran fuerza socialista, aliada del PSUC en un bloque de izquierda. Sobre la extrema izquierda, que existe y existirá aunque como fuerza minoritaria (ver notas 11 y 13), sólo queremos añadir que tendrá dos opciones: formar un «frente revolucionario» a lo portugués y quedar muy marginada del sistema político e integrarse en una alianza de izquierdas con socialistas y comunistas (a lo Unidad Popular).¹⁹

18. El «compromiso histórico» se entiende casi siempre como una alianza entre las fuerzas de centro (representando los sectores no reaccionarios de la burguesía y clases medias) y las fuerzas de izquierda (cuyos objetivos son socialistas). Las bases de esta alianza serían un programa de reformas aceptable.

19. La «nueva formación política» que avanza el PCE para el futuro consiste en un acuerdo programático, de carácter intermedio, entre fuerzas políticas, sindicales, organizaciones de masa de todo tipo, grupos ideológicos (por ejemplo, clubs, asociaciones culturales, movimientos cristianos, entidades cívicas) coincidentes en sus objetivos socialistas y en sus métodos democráticos. Cada organización conservaría su independencia, pero existiría una disciplina política mínima, sobre la base del progra-

En todas estas consideraciones hemos tenido en cuenta solamente partidos de personalidad catalana. Pensamos que en Catalunya se formará un sistema político original y que los partidos que lo constituirán tendrán su propia especificidad y autonomía. Al mismo tiempo el desarrollo socio-económico que ha homogeneizado mucho más a los distintos pueblos de España y la modernización política (mayor organización y racionalidad de los partidos) hacen mucho más probable que se den similitudes más que no diferencias entre las fuerzas políticas del Estado español que se estructuren a partir de la misma ideología y de parecidas bases sociales. No parece probable que vuelva a darse un fenómeno tan importante y original como fue *Esquerra Catalana*, aunque el bloque centrista pueda tener una personalidad propia muy acusada y ser mucho más avanzado que el centro-derecha del resto del Estado español. Tampoco parece pensable que la izquierda, socialistas y comunistas, repitan los errores de los años treinta, el «sucursalismo», porque a lo largo de estos años tanto el PSUC como las fuerzas socialistas han conquistado un lugar importante con una personalidad propia.

Los partidos en Catalunya deberán ser, pues, partidos catalanes, autónomos, tanto en la elaboración como en la aplicación de su línea. Pero al mismo tiempo, sea cual sea la forma concreta que adopte el Estado español (Estado federal, sistema general de autonomía, regionales como en Italia, estatutos especiales de autonomía para las nacionalidades y mantenimiento del tipo centralista para el resto), los partidos catalanes deberán articularse con las fuerzas similares del conjunto del Estado español. La Democracia Cristiana ya se organiza sobre bases federales y el universo socialista deberá posiblemente llegar a una solución parecida, aunque costará más. El PSUC tiene una acusada personalidad con relación al PCE, y los problemas en este caso se plantearán en otras nacionalidades y regiones en las que, por el proceso histórico particular en el que los comunistas han pesado menos, no se da la autonomía real de Catalunya.

Las cuestiones de la autonomía de los partidos de las nacionalidades, o de la estructuración federal de grandes corrientes político-ideológicas, es de todas formas un problema que aún no está resuelto y no lo estará mientras el sistema de partidos no se ponga en funcionamiento en un Estado democrático. Aunque como nos estamos acercando a la culminación del proceso del cambio y el sistema de partidos empieza ya a configurarse, es imprescindible que las distintas fuerzas políticas catalanas tengan la

ma común, lo que permitiría, tanto en el Gobierno como desde la oposición, una actuación coordinada.

autonomía suficiente para elaborar y poner en práctica una política que en sus formas, ritmos y alianzas debe ser original y al mismo tiempo estén integrados en macropartidos a nivel de todo el Estado español para hacer posible la identidad de objetivos generales.²⁰

JORDI BORJA

Departament de Sociologia
Universitat Autònoma de Barcelona
Bellaterra, Barcelona

20. A veces se entiende la autonomía de los partidos catalanes como una independencia *contra* sus correspondientes del resto del Estado español. Pensamos que la autonomía de los partidos catalanes no debe utilizarse tanto para acentuar las diferencias como para conseguir la más amplia identidad con sus homólogos, que los partidos socialistas o comunistas del conjunto del Estado español estén internamente divididos o enfrentados, sobre cuestiones generales o respecto a las autonomías, no es positivo para nadie. Sin una amplia unidad democrática, que empieza dentro de cada familia política, sin la unificación política de todos los sectores y movimientos sociales populares del Estado español, no pueden conquistarse ni desarrollarse ni la democracia ni las autonomías.